

—¿Y no habéis descubierto nada más?

—Nada más.

Holmes bostezó.

—Me caigo de sueño, querido, y mañana hay que trabajar de firme.

—Tenéis razón—contestó el doctor Huxtable.—Yo también me voy á la cama. ¡Buenas noches!

—¿Véis?—me dijo Holmes en cuanto nos quedamos solos.—Esta gorra es una prueba más de que en la landa de Lowergill nos espera el triunfo. Después de todo, la policía, salvo la detención de esos bohemios, no ha hecho nada de particular. Fijáos aquí, Watson; como véis, existe una especie de riachuelo que en algunos sitios forma pantanos, especialmente en la región comprendida entre Holdernes-se Hall y «El Priorato». Por tanto, si aquí en la parte seca no encontramos ninguna huella, es fácil que no suceda lo mismo en la pantanosa. En fin, lo que fuese sonará. Mañana por la mañana hay que levantarse temprano. Me acompañaréis, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Muy bien. Hasta mañana entonces, y ó somos muy torpes ó descubriremos el misterio.

IV

Al día siguiente, apenas habia empezado á salir el sol, sentí una mano que me agitaba bruscamente. Abrí los ojos y me encontré con Holmes que, completamente vestido, me decía:

—¡Arriba, holgazán! Ya he examinado el jardín y el depósito de bicicletas y he ido hasta el bosquecillo. En el cuarto de al lado os espera el desayuno. ¡Vamos, hombre! ¡Arriba! Nos espera un buen día.

Todo en su aspecto revelaba una interior é intensa satisfacción. ¡Qué diferencia del pálido y meditabundo soñador de Baker Street! Contemplándole me sentía más animoso para la lucha con el misterio y más confiado en la victoria.

Sin embargo, no fuimos por senderos de rosas desde el primer momento. Llenos de esperanza atravesamos la extensión gris de la landa surcada en todas direcciones por senderos abiertos por las patas de los rebaños, y llegamos á una parte donde la hierba tenía un verde más crudo, más intenso, señalando el comienzo del terreno pantanoso. Indudablemente, si el joven se hubiera dirigido al castillo de su padre, allí estarían sus huellas. Pero no las había, ni de él ni del profesor alemán. Holmes tor-

ció el gesto y con cara de mal humor y lentitud de desesperanzado continuó el camino, examinándole atentamente. Nada, nada más que las señales de las vacas y de los carneros de algunos rebaños.

—¡Fracaso completo!—dijo Holmes incorporándose y echando una mirada de desolación en torno suyo. Fra... ¡Calla! ¿Qué es esto?

Había descubierto una especie de sendero por el centro del cual corría la señal de una bicicleta.

—¡Hurrah!—grité.—Ya lo tenemos.

Holmes sacudió la cabeza con aire preocupado.

—No hay que cantar victoria tan pronto, amigo Watson. Esta es la huella de *una* bicicleta, no de *la* bicicleta—dijo.—Conozco cuarenta y dos clases de huellas dejadas por el caucho de los distintos neumáticos. Este es un Dunlops, mientras que los neumáticos de Heidegger eran de la marca Palmer, según me ha dicho Aveling, el profesor de matemáticas. Por lo tanto, ésta no era la bicicleta del alemán.

—¿Pero no podía ser la del muchacho?

—¿La tenía acaso?

—Es verdad—dije—bajando la cabeza convencido.

—Sin embargo, Watson, el que montaba esta bicicleta iba en dirección contraria al colegio, puesto que la huella más profunda es la de la rueda trasera; es decir, sobre la que recaía todo el peso. Pero, en fin, se relacione ó no esto con nuestro asunto, hay que seguirlo hasta el fin.

Así lo hicimos, y al cabo de unos cuantos centenares de metros, en cuanto terminó la humedad del terreno, cesaron las huellas. Volviendo pies atrás, y siguiendo otra dirección, volvimos á encontrarlas. Esta vez estaban medio borradas por el paso de una vacada, y cuando llegamos al fin del sendero nos encontramos en el bosquecillo de Dagged Shaw situado á espaldas del colegio. De aquí debió salir la bicicleta.

Holmes se sentó al pie de un árbol, apoyó el mentón en una mano, y ésta en la rodilla correspondiente, y así estuvo largo tiempo silencioso é inmóvil, mientras yo, tumbado boca arriba, fumé dos pitillos.

—¿Y quién me asegura—exclamó de pronto—que un hombre no pueda ser lo suficiente listo para cambiar el caucho de sus ruedas, con objeto de despistar á los que le conozcan? ¡Vive Dios que de ser así me gustaría conocer á ese hombre!

Hubo una pausa y luego Holmes, levantándose, prosiguió:

—En fin, Watson, reanudemos nuestra marcha.

Al poco rato fueron recompensados nuestros esfuerzos. En la parte más baja de la landa había un sendero cubierto de zarzales y plantas enmarañadas. Holmes lanzó un grito de alegría, y acercándose, vi en el suelo unas señales parecidas á las que dejarían los hilos telegráficos. ¡Eran las de un neumático Palmer!

—Por aquí sí que ha pasado Heidegger—exclamó

mi amigo entusiasmado.—Ya véis, amigo Watson cómo mi razonamiento no carecía de certeza.

—Es verdad y os felicito sinceramente.

—Sin embargo, aún nos falta mucho. ¡Eh, cuidado! No piséis las huellas; vamos por aquí, por la orilla, á ver dónde termina esto.

Conforme íbamos avanzando, notábamos que en aquella parte de la landa tan pronto la tierra estaba empantanada como seca, y las huellas aparecían y desaparecían con estas súbitas humedades y sequedades.

—Fijáos—decía Holmes,—el ciclista pedaleaba con todas sus fuerzas. Esta señal donde se marcan tan claramente los dos cauchús, lo demuestra. Las dos son igualmente profundas, y esto indica que el peso estaba perfectamente repartido, como se hace en el caso de forzar la marcha. ¡Caramba! Aquí tuvo una caída.

Efectivamente. En el suelo se notaba la señal de un cuerpo, luego había huellas de pasos, después la señal de los neumáticos reaparecía.

Cuando levanté la vista de la tierra ví á Holmes mirar con aire preocupado una rama florida y sangrienta. Un poco más allá, empezando en el sendero y terminando en la maleza, había un reguero sombrío de sangre coagulada.

—¡Malo!—murmuró Holmes.—¡Malo!—¿Qué opináis de todo esto, Watson?

Y sin darme tiempo para contestar, continuó:

—El ciclista cayó herido, logró levantarse, y mon-

tando de nuevo en la máquina prosiguió la marcha. Sin embargo, yo no veo... ¡Ah! Sí; aquí hay huellas de animales. ¿Habría sido atacado por un toro? No lo creo. Pero el caso es que aquí no se notan huellas de personas. En fin, sigamos la pista, amigo Watson, ella nos dirá lo ocurrido.

El surco del neumático empezó á zigzaguear y de pronto, una vez que miramos á lo lejos, vimos en un grupo de aulagas centellear una cosa de metal. Corrimos hacia allá y nos encontramos con una bicicleta Palmer, cuyo estribo derecho estaba roto. Un poco más allá una gran mancha de sangre seca, luego un zapato y, por último, detrás de las aulagas, tendido boca arriba, hallamos el cadáver del misero ciclista. Era un hombre alto, de espesa y negra barba, y con gafas, uno de cuyos cristales estaba roto.

La causa de su muerte había sido un terrible golpe en la cabeza que le destrozó el cráneo. Indudablemente debía de ser un hombre de gran resistencia cuando pudo andar lo que anduvo después de recibir una herida tan tremenda. Tenía puesto un zapato—el otro ya dije que lo encontramos antes—pero no llevaba calcetines. El entreabierto abrigo dejaba ver la camisa de dormir. Todo, pues, parecía indicar que estábamos delante del profesor Heidegger.

Holmes dió cuidadosa y respetuosamente una vuelta al cadáver y empezó á examinarle. Durante largo rato pareció absorto en sus pensamientos,

cuando se levantó comprendí por la contracción del rostro que aquel encuentro no había servido de mucho.

—No sé qué hacer, Watson. Por una parte comprendo que no se puede perder tiempo, que debemos continuar nuestras pesquisas; pero, sin embargo, no dejo de comprender que hay que avisar á la policía para que se incaute de este cadáver.

—Si queréis—contesté—yo puedo volver al colegio y avisar.

—No, eso no. Me sois absolutamente necesario. Esperemos un poco á ver si... ¡Ah! Mirad aquel labrador. Tened la bondad de llamarle.

Fuí en su busca, y al reunirnos con Holmes, éste lo envió con una carta urgente para el doctor Huxtable.

—Ahora, Watson—me dijo Holmes ya solos—reapitulemos. Hemos seguido dos pistas: la una la del neumático Palmer, ya véis á dónde nos ha conducido. Nos falta la otra, y antes de seguirla debemos hacer un resumen de los hechos para no dejarnos engañar por detalles inútiles. Para mí resulta indudable que el chico salió del colegio por su propia voluntad.

Yo asentí con la cabeza.

—Veamos ahora la actitud del profesor. El muchacho salió completamente vestido, lo cual indica que ya estaba preparado para la fuga. Por el contrario, el profesor, no tuvo tiempo más que de meter en unos zapatos los pies desnudos y echarse un

gabán sobre la camisa de dormir; luego no estaba enterado de lo que iba á suceder.

Volví á asentir con la cabeza.

—¿Qué razón hubo entonces para obligarle á este viaje en bicicleta que había de conducirle á la muerte? Pues sencillamente, porque al ver bajar por la ventana al muchacho, comprendió que se trataba de una fuga y decidió correr detrás de él y detenerle.

Igual asentimiento por mi parte.

—Y ahora llegamos al punto delicado de la argumentación. Lo natural, lo inmediato hubiera sido echar á correr detrás del muchacho. Sin embargo, el alemán no hizo eso; el alemán, que era un excelente ciclista, montó en su bicicleta, y esto indica que el muchacho tenía á su disposición un medio—no sé cuál todavía—de rápida locomoción.

—¿La otra bicicleta quizá?—interrumpí.

—Yo no he querido afirmarlo—continuó Holmes.—El alemán ha sido asesinado á cinco millas del colegio, no de un tiro—procedimiento que está al alcance de cualquiera, incluso de un niño—sino de un golpe tan fuerte, que indica una mano sobrado vigorosa. De todo esto se deduce que el muchacho tenía un compañero ó un auxiliar en su fuga, y que ésta ha debido ser muy rápida, puesto que un ciclista tan notable como el alemán, tuvo que recorrer cinco millas para alcanzarlos. Del examen del terreno no hemos conseguido más que descubrir el paso de unos animales, unas vacas tal vez. Luego el otro ciclista no tiene nada que ver en este asesinato.

—¡Eso es imposible!—exclamé involuntariamente. Holmes se encogió de hombros.

—¡Imposible! ¡Imposible!—dijo algo despectivamente.—¡Sois un observador delicioso! Nada más fácil que decir imposible y nada más difícil que explicar la posibilidad. Vamos á ver: los dos hemos recorrido el camino juntos y los dos hemos descubierto iguales indicios; yo ya he dicho mi opinión. A ver la vuestra.

—¿No ha podido romperse el cráneo al caer de la bicicleta?

Holmes se echó á reír.

—¿En un pantano, Watson?

—Pues yo no veo otra explicación—repuse algo malhumorado.

—¡Ta! ¡Ta! ¡Ta!... En mayores aprietos me he visto, amigo Watson. Si os parece, vamos á continuar las pesquisas y veremos dónde nos conducen las huellas de Dunlops.

Continuamos el rastro hasta que dimos con los matorrales y los arbustos donde terminaba. A partir de allí, el ciclista lo mismo podía haberse dirigido hacia Holderness Hall, cuyas torres grises se elevaban á algunas millas de distancia á nuestra izquierda, que hacia el pueblo, que estaba delante de nosotros, y nos indicaba la situación de la carretera de Chesterfield.

Echamos á andar en esta última dirección, y al poco rato llegamos cerca de la posada, bajo cuyas ventanas se balanceaba la enseña de un gallo dorado.

Holmes lanzó un gemido y se apoyó en mi hombro para no caer: se había torcido un pie. Un poco más lentamente por su cojera, seguimos andando hasta la puerta de la posada, delante de la cual había un hombre grueso y rechoncho, fumando en una pipa descomunal.

—¿Cómo va, Sr. Reuben Hayes?—preguntó Holmes.

El posadero se quitó la pipa de los labios, y mirándonos estupefacto, contestó con otra pregunta.

—¿Cómo demonios sabéis mi nombre?

Holmes señaló la muestra de la posada.

—¡Hombre!—repuso echándose á reír.—Lo acabo de leer.

—¿Y quién os ha dicho que yo era el posadero?

—¡Bah! Eso se conoce en seguida. ¿Tenéis algún coche?

—No; no tengo ninguno.

—Lo siento. No puedo poner el pie en el suelo.

—Pues no lo pongáis.

—Pero si es que no puedo andar.

—Pues entonces dad saltos.

A pesar de la brusquedad y de la grosería con que contestaba el posadero, Holmes no perdió la paciencia.

—Vamos, hombre, no hay que ser así. Reflexionad que no puedo continuar el camino en esta forma.

—¿Y yo que tengo que ver?—contestó el posadero con su inalterable amabilidad.

—Se trata de un asunto importantísimo, querido Sr. Hayes—continuó Holmes impasible.—Si me alquiláis una bicicleta os daré un soberano de oro.

El posadero pareció interesarse.

—¿Adónde queréis ir?

—A Holdernasse Hall.

—¿Sois amigos del duque?—repuso el posadero, mirando con cierta ironía nuestros trajes cubiertos de barro.

Holmes soltó la carcajada.

—Amigos no; pero se alegrará bastante al vernos,

—¿Por qué?

—Porque le traemos noticias de su hijo.

Por los ojos del posadero pasó un relámpago.

—¿Qué hijo?

—¿Cuál ha de ser? Lord Saltire. El que desapareció del colegio.

El posadero estaba visiblemente conmovido.

—¿Qué, sabéis dónde está?

—Sí; le he visto en Liverpool y un día de estos lo tendremos aquí.

Al oír estas últimas palabras el rostro del posadero se serenó, y, recobrando su sonrisa de antes, continuó ya menos huraño:

—Después de todo yo no tengo por qué guardarte consideraciones al duque. Yo he sido cochero suyo, y después de tratarme con muy poca consideración escuchó las calumnias de un proveedor de avena y me echó á la calle, negándose á facilitarme un certificado que me permitiera entrar en otra casa.

Sin embargo, no soy rencoroso y le voy á devolver mal por bien; yo os ayudaré á llevarle esa buena noticia.

—Perfectamente—dijo Holmes, frotándose las manos.—Ahora vamos á comer un poco y luego nos dejaréis la bicicleta.

—No tengo bicicleta.

Holmes le enseñó una moneda de oro.

—¿Cómo demonios os voy á decir que no tengo bicicleta!—continuó el otro ya enfurecido. Lo más que puedo hacer es alquilaros dos caballos.

—Bien, bien—contestó Holmes.—Iremos á caballo. Por de pronto vamos á tomar algo; me caigo de debilidad.

En cuanto nos quedamos solos en el comedor de la posada, noté con gran asombro que Holmes andaba con igual facilidad que antes y que la tocerdura del pie se había curado milagrosamente.

Era casi de noche, y desde por la mañana temprano no habíamos comido nada. Así, pues, permanecimos largo rato en la mesa. Durante la comida no hablamos una sola palabra. Holmes permanecía abstraído en sus reflexiones y yo restaba su silencio.

Por fin, y ya encendidos los cigarros, Holmes se levantó, y acercándose á la ventana miró al exterior. A través de los sucios cristales se veía un pequeño patinillo, en cuyo final había una especie de fragua: un hombre, ennegrecidas las carnes,

trabajaba junto al horno y arrimado al yunque. Al otro lado estaban las cuadras.

Holmes se volvió á mí, y con el rostro transfigurado, exclamó:

—¡Ya está, amigo Watson!

—¿El que está?—pregunté sorprendido.

—¿No os acordáis de las huellas de animales que hemos descubierto esta mañana?

—Sí.

—¿Dónde?

—No sé; en todas partes. En los senderos, en la parte pantanosa, y sobre todo en el sitio donde encontramos el cadáver de Heidegger.

—Justo. ¿Y cuantos animales habéis visto hoy en la landa?

—Me parece que ninguno.

—¿Verdad que es extraño, amigo Watson? Estamos toda la mañana viendo huellas de animales y no encontramos un solo animal. ¿Verdad que es raro?

—Sí que lo es.

—Haced un esfuerzo imaginativo y recordad cómo eran esas huellas. ¿Lo recordaréis?

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces ya sabréis que eran así primero.

Y Holmes, cogiendo el pan, colocó unas cuantas migas en la siguiente forma

o o o o o o o
o o o o o o o

Y luego así:

o o o o o
o o o o o
o o o o o

Y, por último:

o o o o o
o o o o o

—¿Os acordáis?

—No estoy muy seguro de que fueran así.

—Yo sí lo estoy, y hasta he obtenido una conclusión importantísima de ellas.

—¿Cuál?

—Pues esta. Resulta muy extraño el que una vaca pueda ir al paso, al trote y al galope, y esto me ha hecho pensar en que no ha sido un cerebro campesino el inventor de esta añagaza.

Luego, mirando en torno suyo como un traidor de teatro, continuó:

—Excepto ese joven herrero no hay nadie por allí. Salgamos.

Entramos en la cuadra. Allí había dos caballos. Holmes les fué levantando las patas, unas después de otras. Después se volvió hacia mí, y echándose á reir silenciosamente, me dijo:

—Aquí tenéis unas herraduras viejas que han sido colocadas hace poco tiempo. Mirad: los hierros son viejos y los clavos nuevos completamente. ¡Soberbio, querido, soberbio! Vamos ahora á la fragua.

El herrero no pareció enterarse de nuestra en-

trada; ni siquiera volvió la cabeza y continuó machacando en el yunque. Yo seguí con los ojos la mirada de Holmes y ví que se detenía en el suelo lleno de pedazos de hierro y de polvo metálico. De pronto sentimos pisadas á nuestras espaldas. Nos volvimos: era el posadero. Sus espesas cejas se unían con un fruncimiento de cólera sobre los ojos chispeantes; la boca tenía un esguince de saliva, y entre sus manos temblaba de tal modo un grueso bastón, que instintivamente metí la mano en el bolsillo y me cercioré de que llevaba el revólver.

—¿Qué hacéis aquí, malditos espías?—exclamó fuera de sí.

—¡Hola, Sr. Hayes!—contestó Holmes tranquilamente.—Diríase que tenéis algo que ocultar cuando tanta rabia os causa que veamos vuestras dependencias.

El posadero hizo un violento esfuerzo para contenerse y recobrar su sangre fría; luego, riendo con risa que nos sonó á hueca, prosiguió:

—No tengo nada que ocultar ni que temer; es que me molesta que nadie se meta á curiosar en mis cosas sin pedirme permiso. Por lo tanto, lo mejor que podéis hacer es pagarme el gasto y marcharos cuanto antes.

—Bien, bien, no os incomodéis, Sr. Hayes—continuó Holmes impasible.—Hemos venido á ver los caballos únicamente. Después de todo, me parece que no los necesitaremos va. El castillo no debe de estar lejos, ¿verdad?

—No; unas dos millas. Seguí todo ese camino de la izquierda.

Y desde entonces hasta que salimos de la posada no nos perdió de vista. Luego, ya en el campo, no anduvimos mucho. En el primer recodo, á cubierto de la curiosidad del posadero, Holmes se detuvo y yo le imité.

—Nos estábamos quemando—murmuró,—como dicen los chicos cuando juegan á encontrar una cosa. Por eso, á medida que nos alejamos de la posada nos enfriamos.

—Tenéis razón—contesté,—yo también tengo la seguridad de que ese Reuben Hayes está al corriente de todo. Pocas veces tropezaremos con un individuo que tenga el rostro tan de canalla como ese posadero.

—Veo que sois un notable observador. Realmente es una posada perfecta, con sus cuadras y su fragua. Creedme: no puedo resignarme á perderla de vista.

A nuestra espalda había una alta colina; trepamos por ella, y al llegar á la cumbre, miramos en dirección de Holderness. Rostro al camino venía un ciclista pedaleando furiosamente,

—¡Echáos boca abajo!—murmuró Holmes apoyándome la mano fuertemente en la espalda.

Nos tendimos en el suelo, y dos segundos después pasó por el camino el ciclista. Entre la nube de polvo que le envolvía distinguí un rostro desencajado, con ojos llenos de horror y la boca abierta en un

mudo grito de desesperación. Tal como lo entrevi era una cruel, una tristísima caricatura del elegante James Wilder que habíamos conocido la víspera.

—¡El secretario del duque!—exclamó Holmes.—Esto se complica, amigo Watson; venid, no hay que perder tiempo.

Saltamos de peñasco en peñasco, y unos minutos después estábamos en una elevación desde la cual dominábamos perfectamente la puerta de la posada. Contra la pared estaba apoyada la bicicleta de Wilder.

En torno de la casa reinaba un silencio absoluto. El sol se ocultaba detrás de las altas torres del castillo, y la paz infinita del crepúsculo descendía lentamente sobre los campos, poëtizándolo todo, dando mayor misterio á cuanto nos rodeaba. De pronto oímos rumor de cascos caballunos; en la negrura de la puerta aparecieron las luces de dos linternas, y minutos después salió un coche, y rápidamente, al trote largo del caballo, tomó la dirección de Mesterfield.

—¿Qué os parece, Watson?—murmuró Holmes junto á mi oído.

—Eso parece una huída.

—No sé. Todo lo que he visto es que dentro del coche no iba más que un hombre y que no era mister James Wilder, porque éste acaba de salir ahora mismo.

Habían encendido luz en el interior, y en el luminoso cuadro de la puerta se recortaba en negro la si-

lueña del secretario. Su cabeza se adelantaba como queriendo robar su secreto á las tinieblas. Al poco rato sentimos pisadas, apareció otro individuo, cuchicheó con el secretario y entraron dentro. Se cerró la puerta y una obscuridad completa vino á hermanarse con el silencio. Minutos después brilló una luz en la ventana del primer piso.

—¿Sabéis, amigo Watson, que debe ser divertida la estancia en esa posada? ¿Qué demonios hará ahí el secretario del duque y quién diablos será el que está con él? ¡Vaya! Hay que arriesgarse á ver eso más de cerca.

Bajamos al camino y nos acercamos á la posada. La bicicleta permanecía apoyada contra la pared. Holmes encendió una cerilla y la acercó á la rueda de atrás.

—Me lo figuraba, Watson: neumático marca Dunlop.

Luego levantó la cabeza, y al ver encima de nosotros la ventana iluminada, continuó:

—Es preciso que vea yo lo que hay ahí dentro. Arrimarnos á la pared, Watson, y á ver si podéis sostenerme.

Un minuto después tenía los pies sobre mis hombros para quitarlos en seguida.

—Vamos, Watson—dijo ya en el suelo.—Por hoy tenemos bastante. La escuela está muy lejos de aquí y cuanto antes lleguemos mejor.

Mientras atravesamos la landa no pronunció una sola palabra; pero en lugar de ir al «Priorato» nos

dirigimos á la estación de Makleton, donde expidió varios telegramas.

Luego entramos en el colegio y hasta muy avanzada la noche le oí desde mi cama hablar con el doctor Huxtable, y consolarle por la muerte de su colega el profesor de alemán. Cerca de las dos de la madrugada entró en la alcoba con igual animación y alegría en el rostro que por la mañana.

—Todo va perfectamente, amigo Watson. O mucho me engaño, ó mañana por la tarde ya estará descubierto el enigma.

V

No eran las nueve de la mañana siguiente, cuando Holmes y yo entramos en el jardín de Holdernesse por la amplia avenida de seculares encinas. Luego de atravesar la monumental portada concluida en tiempos de la reina Isabel, un criado nos condujo hasta el despacho del duque.

Allí nos encontramos con James Wilder, frío, correcto, impasible, pero conservando en sus ojos el terror que reflejaban la víspera.

—¿Deseábais ver á monseñor?—nos dijo en cuanto entramos.—Lo siento mucho, pero no puede ser. El señor duque está muy disgustado. La noticia de haberse encontrado el cadáver del profesor alemán le ha conmovido extraordinariamente.

—Sin embargo, Sr. Wilder—contestó Holmes—es preciso que le veamos.

—No puede ser. Monseñor está en su alcoba.

—¡Iremos á su alcoba!

—Me parece que está en la cama todavía.

—¡Le veremos en la cama!

La seguridad y la decisión conque contestaba Holmes á sus objeciones, hicieron comprender á Wilder que toda resistencia era inútil.